

La verdad de NIEVE

USE LAHOZ. ILUSTRACIONES: NACHO MOLANO

Según el tío Armando, el único requisito para ser admitido en el orfanato de San José de la Montaña era llevar consigo tres o cuatro mudas, cubiertos de alpaca y un colchón. Desde hacía un mes, cada noche repetía lo mismo. Cuando salía el tema, una sospecha atravesaba mi entendimiento con intención de adivinar el futuro.

Yo tenía once años y por nada del mundo quería abandonar a mis amigos, las eras, los corrales, el monte, las cabras. La idea de verme lejos me desconcertaba, pero sabía que tarde o temprano llegaría el momento.

En cuanto mi tío consiguió los cubiertos y el colchón, mi tía se apresuró en comprar un par de mudas más y enseguida se enteraron del día en que pasaría por nuestro pueblo el hombre de la DKW.

En el pueblo se sabía de su existencia. Era un secreto que no salía de la comarca. La fábrica de las DWKS estaba en Vitoria y los coches se trasladaban de uno en uno. Quien los conducía hasta su destino era el “probador”, que casi siempre salía desde la fábrica rumbo a las grandes ciudades.

El probador pasaba de vez en cuando por el pueblo. Alguien daba el aviso y en el bar se apañaba el trámite. A veces había que esperar turno,

porque bajo ningún concepto aceptaba el probador llevar a más de uno o dos polizones. Era un trabajo que hacía de noche y a escondidas para sacarse un sobresueldo.

La tarde antes de abandonar el pueblo me despedí de mis amigos sin saber que no volvería. Tan ingenuo fui que les prometí que cuando regresara haríamos esto, lo otro y lo de más allá.

—Cuando vuelvas, a lo mejor ya hay agua y podemos ir a regar los huertos con mi hermano mayor —decía el Jacinto.

—Eso, y en la era larga haremos un campo con porterías de verdad —añadía el Angelito.

—Sí —decía yo—, y dejaremos sin moras la morera del barranco... Pero de momento no le digáis nunca al Domingo que era yo el que le daba el vino a sus mardanos, ¿eh?

Y riendo entre lágrimas nos fundimos los tres en un abrazo.

Por la noche no logré cenar y apenas pude dormir. A las tres de la mañana me despertaron mis tíos. Mientras me vestía, mi tía Anunciada empezó a llorar. Se notaba que tampoco había pegado ojo. Estaba viendo ese terrible momento en que

estás a punto de liberarte de alguien que la conciencia no te permitirá olvidar nunca.

Al salir a la calle, un fuerte viento me levantó el pelo y el frío de la noche me entró por la boca y llegó hasta mi pecho para enfriarlo. Era el mes de octubre de 1962. Del verano no quedaba ni rastro y el otoño entraba sin contemplaciones en el calendario de mi vida.

Nunca me había despertado tan temprano. Era noche cerrada. Contadas estrellas parecían vibrar en el manto negro que extendía el cielo y únicamente la luz de la luna contrarrestaba la penumbra. El candil que sujetaba mi tía iluminaba de manera torpe e intermitente el camino y nuestros pasos en la tierra eran sonoros y lentos porque íbamos contra el viento. Mi tío cargaba el colchón y mi alforja, y yo sujetaba una pequeña bolsa de tela en la que tintineaban los tres cubiertos de alpaca.

El silencio se hizo cargo de la espera y durante unos minutos fue el único protagonista de esta historia.

Estaba a punto de tirar cuando se empezó a divisar la luz de dos faros que se acercaba al cruce de la carretera, donde esperábamos; ese lugar que tantas veces había visitado con mis amigos para ver

si pasaba alguna camioneta y jugar a adivinar su marca. Me imaginé que hasta mis oídos llegaba nítido el tintineo de los cascabeles de las cabras, inquietas quién sabe si por salir a despedirme o por huir del corral y perderse por los montes.

La DKW empezó a frenar ante nosotros haciendo crepitar la grava de la carretera y, antes de que se detuviera, mi tío, entre el murmullo del tubo de escape, gritó:

—Deprisa, deprisa.

Entonces abracé a mi tía con cuidado de no tirar el candil. Cuando me besó percibí un rastro de humedad en su mejilla. Al separar mi cara del pañuelo que amparaba su cuello, conmigo se quedó el olor que emanaba, ese aroma que reunía el puchero y el jabón.

—Hijo mío —empezó a decir llorando—, solo te pido que seas buena persona, como tu madre.

Y sin llegar a entender, dije: —Gracias, tía.

Y me subí a la furgoneta junto a mi tío, que en el último momento había decidido acompañarme.

Nos sentamos atrás. ¡Qué fríos estaban los asientos de *skay*! Pero qué gran aventura era viajar por primera vez en un vehículo. Acostumbrado a los burros y los remolques, vislumbrar la noche a través de las ventanas de una furgoneta





La verdad de

► neta era un acontecimiento que abría mis ojos con fascinación, y así dejaba resbalar la mirada por las afueras del pueblo, reconociendo corrales y casas a pesar de la oscuridad. A esas horas, la carretera estaba vacía y éramos nosotros los únicos que circulábamos.

Mi tío y el probador hablaban de cosas de mayores creyendo que no los entendía: que si la escasez de agua para el riego, que si una boca más que alimentar en estos tiempos es mucho y ya no podían, que si la cosecha no llega tan abundante como antes.

—Duerme un rato, que esto va para largo —me apremió el tío.

—No puedo, tío, no puedo...

Y era verdad, conciliar el sueño era un sueño imposible. Mi vida se estaba mudando y todo empezaba. La incógnita de lo que me esperaba en unas horas me mantenía despierto.

La entrada en la ciudad me aturdió. No po-

cerros, pero más a la derecha. Llegamos tras un trasbordo que hicimos para coger un autobús.

La puerta era de rejas, alta y pesada. Tras ella, la visión de un jardín aportaba un matiz colorista a toda la necesidad que en el interior se amontonaba.

Cuando apareció la madre Asunción, tuve que despedirme de mi tío. Se agachó para abrazarme y desapareció en cuestión de segundos, como si no quisiera alargar el trance por miedo a llorar ante una monja. Tuve que hacerme cargo del colchón y del equipaje.

A trompicones, entré en una sala para descubrir un enorme grupo de niños. Nadie miró a la madre Asunción. Todos clavaron su mirada en mí, como si fuera un bicho raro.

—Tenemos un niño nuevo —empezó a decir la monja—, se llama Rafael, no tiene madre

—¿Ya te quieres ir?

—No —mentí mientras me giraba para verlo.

—Me llamo Juan —dijo tendiéndome la mano.

Éramos unos cincuenta niños y el primero que se acercó me cayó bien. Era más alto que yo. Estaba mejor mantenido. Podía hacerse el fuerte pero, si le mirabas a lo ojos, descubrías que era una de esas personas que llevan la pena por dentro. Tenía la piel muy morena y el pelo cortado a cepillo.

A mediodía nos llevaron al comedor: una enorme sala con tres mesas alargadas, colocadas en forma de U. Uno de los chicos mayores se puso a mi lado y me dijo:

—Yo me haré cargo de ti; me lo ha dicho la madre Asunción. Te voy a ir explicando poco a poco. Los mayores tenemos la obligación de enseñaros las tareas.

—¿Qué tareas?

—Hay muchas normas: asearte, hacer la cama, mantener el orden, ayudar a recoger los platos... Ya irás viendo; de momento, buen provecho...

Y entonces llegó el arroz y todos, mayores y pequeños y monjas, dejamos de hablar para lanzarnos a la comida con devoción infinita.

La primera semana fui descubriendo el funcionamiento: en aquel orfanato también había chicas, pero en otra sala y con otros horarios, por lo que jamás había contacto. Supe que no todos eran huérfanos. Algunos chicos estaban allí porque sus padres, venidos del sur, trabajaban de sol a sol y no podían hacerse cargo de ellos, y tan solo los domingos por la tarde venían a visitarlos.

Una noche, antes de entrar en la cama, descubrí a los mayores divirtiéndose en el pasillo: ¡cómo se movían! Unos tarareaban canciones y otros bailaban prácticamente sin separar los pies del suelo.

—¡Esto es el *twist*, Rafa! ¿en tu pueblo se baila *twist*? —me gritó Mauricio, el chico mayor que me enseñaba las tareas.

Cuando por el fondo del pasillo asomó la madre Asunción, se acabó la fiesta y cada cual buscó su cama. Yo dormía entre Mauricio y Juan. Cerca de la puerta, y al lado de la cama de la madre Asunción, que se hallaba al inicio de la sala, cubierta por un montículo de celosía que evitaba la posibilidad de ver nada.

Más resignado que contento, me fui habituando y, aunque me acordaba a menudo de mis tíos y de mis amigos del pueblo, daba por bueno todo aquello. Entre Juan y yo se creó una complicidad extraordinaria y no nos separábamos en ningún momento. Siempre que podíamos, ejercíamos de pareja de monaguillos. Nos explicamos nuestras cortas vidas y jugábamos a inventarnos experiencias más allá del orfanato. Lo que haríamos al salir de allí y todos los lugares que visitaríamos, las promesas que no dejaríamos de cumplir y la casa en la que viviríamos llena de juguetes, colchonetas, dulces, nevera, teléfono y televisión. Nos hicimos inseparables desafiando a la tristeza con ayuda de la fantasía. Hasta que empezó diciembre y la sombra de la Navidad se cernió sobre mí. De buenas a primeras, todos los niños empezaron a comentar lo que comerían en la Nochebuena y en Navidad, lo que harían con sus familiares. Unos hablaban de parques infantiles, otros de jamón y de pavo, otros de pastelerías llenas de dulces y otros de regalos... Cosas para mí inconcebibles...

De pronto, la Navidad empezó a atormentarme. Me imaginé solo en el colegio durante aquella semana de vacaciones. Sin Mauricio, sin Juan, sin las comidas comunitarias, sin los

día creer que existieran tantos... ¡coches!, uno detrás del otro, aparcados a ambos lados de aquel ancho paseo que servía de entrada a la gran urbe.

El probador de la DKW nos dejó en una plaza céntrica y allí nos subimos al tranvía que indicó mi tío después de leer un papel que sacó del bolsillo. Desde aquella plaza, si alzaba la vista, ante mí se desplegaba un universo de enormes edificios, asfalto, humo, automóviles y anuncios. Cuesta arriba y a lo lejos se dibujaba el perfil de unas montañas. El orfanato se hallaba en uno de aquellos

ni padre, y vamos a rezar por su familia.

En el acto se empezó a oír el murmullo de un rosario. Entonces, dejé caer el colchón y quise desaparecer.

Al concluir el rezo, todos salimos al patio. Lo primero que llamó mi atención fue la altura de las paredes. Quería escapar. Recordé a Jacinto y Angelito, que estarían ahora mismo en el campo.

—¿Qué miras? —me preguntó uno.

—¿A ti qué te importa? —respondí sin dejar de mirar los muros.



NIEVE

bailes de *twist*, sin los partidos de fútbol, sin los chistes de los mayores, sin las leyendas que se contaban por las noches en voz baja... Me quedaría a solas con el frío del invierno y el viento que se colaba bajo puertas y ventanas, con la humedad que se instalaba en mis pies y no se iba, y con aquel abrigo largo que me había dado la madre Asunción, donativo de vete a saber quién. Dormiría solo en la inmensidad del orfanato. A la hora del recreo, deambularía con una pelota que no podría pasar a nadie más que a la pared. La peor Navidad de mi vida se encontraba a la vuelta de la esquina.

Juan no tenía otro tema de conversación. Una y otra vez coreaba que, como cada año, vendrían sus padrinos la noche del 24, asistirían a la Misa del Gallo y se irían rumbo a los lujos y los fastos que alumbraban su enorme piso del centro de la ciudad. A pesar de que Juan percibía mi tristeza, no dejaba de alardear de sus padrinos. Según contaba, eran muy ricos y cada día le hacían la comida que quería y lo llevaban al cine y a las mejores granjas a merendar chocolate con ensaimadas.

—Si tanto te quieren, ¿por qué no te vas a vivir con ellos? —le pregunté con rabia.

Y Juan tardó en responder. Se puso serio.

—Porque están esperando a que crezca, pero a lo mejor esta vez es la buena y me voy para siempre.

Veía que algo raro había en todo aquello.

Estaba tan cerca la Navidad que, en lugar de hacer clases, nos dedicábamos todo el tiempo a ensayar villancicos para la Misa del Gallo. Tanto la madre Asun-

ción como el resto de monjas iban de aquí para allá preparando menesteres y hablando de lo mismo. La excitación por salir de allí durante unos días estaba en boca de todos, menos ►►



La verdad de NIEVE

► en mí. El día 23 de diciembre, todos los chicos tenían sus maletas hechas con los cuatro enseres necesarios. Cuando alguno se encontraba con mi mirada, adivinaba la pena en sus ojos.

Antes de dormir, Mauricio me preguntó:

—¿Quién te vendrá a buscar mañana?

—Nadie —respondí, igual que él en voz baja.

—¿Nadie?

—No. Mi pueblo está muy lejos, y mis tíos no pueden.

Tardó en responder, pero al final dijo:

—Te traeré turrón... Buenas noches.

Para evitar darle más vueltas al asunto, escogí hacer de monaguillo en la Misa del Gallo. Así nadie repararía en mí, pasaría desapercibido y, una vez se acabara la misa, me quedaría en la sacristía para no ver a Juan y a los demás partir con sus familias.

Llegó el día 24. Todos los chicos se mostraban contentos. Por unos días, se les abrían las puertas del orfanato y dirían hasta luego a las tareas y las normas, comerían mejor y visitarían comercios, circos, confiterías y todos aquellos lugares con los que se soñaba dentro. Sin embargo, cuando fui a decirle a Juan que haría de monaguillo y que prefería despedirme de él antes, lo noté triste. Estaba sentado en su cama, mirando al suelo, a punto de llorar.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, ¡si estoy la mar de contento! ¡Qué bien me lo voy a pasar!

Supe que mentía, pero no me dio tiempo a decirle nada, porque agarró su bolsa y se marchó a la sala de visitas. Ya estaban llegando los familiares.

Antes de empezar la misa, el cura me dijo que estuviera tranquilo, que luego íbamos

a comer muy bien porque el resopón iba a ser memorable y, como seríamos pocos, nos tocaría bastante.

De pronto me gustó la idea de compartir la mesa con él y con la madre Asunción. Tenía tanta hambre y tantas ganas de probar comida diferente que en mi mente aparecían platos de jamón y dulces a la vez que rugían mis tripas.

Cuando salí de la sacristía descubrí la iglesia abarrotada. Todos los familiares, todos los chicos y las chicas y toda la comunidad estaban allí. Se me hacía eterna



la misa. Cuando me tocó pasar la bandeja, que en ese día se llenaba de monedas, llegué hasta el final y, a través de las vidrieras, me pareció distinguir grandes gotas de agua que iban cayendo lentamente. Al regresar al altar, noté mis pies helados y soñé con ponerlos ante la estufa que había en la sacristía. Oficiamos la misa y, al terminar, liberado de los nervios, me entró de nuevo el miedo a la soledad.

Miré por la ventana de la sacristía y descubrí que lo que caía del cielo no eran gotas de agua; eran copos de nieve. Me calenté los pies mirando caer la nieve, figurando el imperceptible ruido de los copos al cuajar



Use Lahoz (Barcelona, 1976), joven promesa de la narrativa española, ha publicado las novelas *Leer del revés* (El Cobre); *Los Baldrich* (Alfaguara), que le valió la designación como Talento FNAC; *La estación perdida* (Alfaguara) y los poemarios *Envío sin cargo* y *A todo pasado*. Junto con Josan Hatero, acaba de recibir el Premio Jóvenes Lectores, que otorga la editorial La Galera, por la novela *Volverán a por mí*.

en la tierra, la suave caída y el dulce amontonamiento. Y también pensé en los manjares que en la cocina estaban dispuestos para mí.

Pero, al ponerme en pie y abrir la puerta, descubrí la iglesia llena. Todos los presentes se hacinaban en las puertas sin salir.

—Mosén Gil, mire esto, nadie se va —le dije al cura.

—¿Qué dices, Rafael, cómo que no se van?

Sin haberse cambiado del todo, se asomó conmigo para comprobar que era cierto. Nos miramos un segundo y con una mueca nos preguntamos: ¿qué está pasando? De pronto, una ajetreada madre Asunción apareció para sacarnos de dudas:

—Ay, ay, ay, ¡la que se está montando, Dios mío!

—¿Qué, hermana? —preguntó el cura, ya poniéndose un abrigo.

—Que no se puede ir nadie, que es imposible, que la nieve no deja salir a ninguno.

—¿Habla en serio?

—Ha empezado a nevar durante la misa, y dice uno que sabe que, como no hay tránsito rodado ni nada, ha cuajado rápidamente sobre las calles. Y no tiene intención de parar. Y es que no se puede, que pones un pie y te vas al suelo, no se puede llegar a la calle. ¡Si solo en las escaleras hay una capa de cinco centímetros!

—¿Y qué hacemos con la cena, hermana Asunción?

—Pues qué vamos a hacer, a repartir como sea, y eso no es

lo peor, porque ¿a ver dónde los metemos a todos a dormir?

—¿A dormir también?

—Me dirá usted... Si está todo colapsado... Ay, Rafael, Rafael —entonces reparó en mí—, qué bien lo has hecho. Toma, que con tanto trajín se me había olvidado dártela antes, una carta de tus tíos. Pues habrá que cenar, hermana, que aquí el chico y yo estamos muertos de hambre... y a ver qué dice la radio...

La noche más solitaria sería la más concurrida. La mayor comida sería la más racional. Cuando salí de la sacristía, me choqué con Juan, que venía hacia mí, más contento que nunca.

—¿Has visto cómo nieva? ¡Nos quedamos, nos quedamos!

—¿Y tus padrinos? —pregunté.

—Son aquellos, los que están más enfadados, siempre están igual...

Empecé a entender un poco más.

Juan estaba exultante, me cogió de la chaqueta para obligarme a ver la nieve sobre las escaleras y el jardín del colegio: un inmenso espesor blanco que no dejaba de crecer.

—Nunca olvidaremos esta nevada.

—Ya te digo, qué alucinante...

—¿Quieres que te diga una cosa? —me preguntó Juan sin que los dos dejáramos de observar la nieve.

—¿De verdad o de mentira? —le respondí sin mirarle con otra pregunta.

—Esta vez de verdad.

—Pues entonces mejor no, no hace falta, porque ya la sé —dije mientras se arrugaba una carta en mi bolsillo.

